



Eduardo Apodaca, pasajero de Bilbao

Hablamos de un poeta de Bilbao. O mejor: de un poeta en Bilbao. Porque Eduardo Apodaca es algo más que un poeta de Bilbao, bastante más que un poeta bilbaíno, mucho más que un autor de la Villa en un censo de autores de la Villa. Su imagen más visible (y más plausible) es la de un pasajero, un náufrago, un paseante. Tenemos tres imágenes en una. Tenemos un paseante al que hemos despojado de toda la retórica del *flâneur* literario, es decir, de toda la impostura decadente del artista moderno que cantó Baudelaire. Apodaca pasea por Bilbao porque lo necesita, porque es literalmente un cuerpo excéntrico sobre la piel de asfalto de la Villa. El poeta en Bilbao es siempre, será siempre un excéntrico, un paseante, un náufrago. Náufrago y navegante a un tiempo. Un Robinsón urbano que encuentra en la poesía un Viernes necesario y promisorio; un Viernes para siempre contra la soledad de todos los naufragios.

“Pequeño pueblo en armas contra la soledad”, dijo Javier Egea y ahora pienso que Eduardo, mientras daba la vuelta alrededor del día bajo las catenarias de un trolebús fantasma era todo un ejército contra el mal de vivir, dentro de una ciudad donde la poesía nunca importó gran cosa. Eduardo nunca tuvo casa propia en Bilbao. Da igual que se comprase, en los últimos años de su vida, un piso en la ciudad. Fue siempre un inquilino. Un pasajero. Lo mismo que los pájaros –mirlos y golondrinas, gorriones y vencejos– que habitan sus poemas. Ave de todas partes. Pasajero. Nos costaba admitirlo a sus amigos, pero su vocación no era la permanencia, sino el tránsito.

A veces el amigo, el pasajero, el náufrago que habitaba en la ciudad nos invitaba a su isla. Naufragar con Eduardo era salir a flote de la tormenta diaria, de un presente a menudo cochambroso. Largos paseos y conversaciones al borde de la ría, al borde de un café, entre el humo de tantos cigarros sucesivos, ¿cuántos? Contábamos los versos, pero no los cigarros. La poesía, entonces, no se apagaba nunca. Eduardo era una antena, un transmisor y receptor de versos de increíble potencia y sutileza. De pronto aquella antena conectaba con Keats, o con Wordsworth, o con Octavio Paz o Juan Ramón Jiménez. Nunca tuvo Bilbao receptor de poesía como Eduardo Apodaca y dudo que lo tenga en el futuro.

Receptor invisible y silencioso. Eduardo, siempre, como si no estuviera. Los poetas como Eduardo no están, únicamente son, por eso no son vistos. Se van, pero se quedan. Es lo que ocurre con los inquilinos y con los pasajeros: es la segunda parte de esta historia o la segunda etapa de este viaje. El inquilino acaba quedándose en la casa. Entre eternas partidas de ajedrez y carreras ciclistas memorables el inquilino de Bilbao, el pasajero de Bilbao ha llegado finalmente a su meta después de un jaque mate fulgurante. Aquí está, sigue aquí, con su bondad y con su inteligencia, entre navegaciones y naufragios, estoico y epicúreo, siempre en su poesía, amigo inolvidable y permanente.